



CUADRO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.



CRISTOBAL COLON.

Este ha descubierto un mundo, ha venido y por su parte ha dado la América á la Europa. ¡O cuán grande y bello destino el de aquellos hombres que pueden decirse á sí mismos en el lecho mortuario:—Mi vida no ha sido inútil, ni yo he sido una carga inútil sobre la tierra; poeta, he consolado á los hombres con mis versos; hombre de Estado, he servido á mi patria con la política; soldado, la he defendido con mis armas. Aun mejor que todo eso. ¡Feliz el que puede decirse; he dado á mis conciudadanos un buen telar para hilar el cáñamo; les he enseñado el medio de conservar el pescado haciéndolo secar al humo! No hay servicios pequeños hechos á la causa de la humanidad. La Holanda ha levantado una estatua de bronce al marinero que le enseñó á secar el arenque! Dichosos aquellos que han sido útiles á sus semejantes, ellos han llenado todo su destino acá abajo, pueden morir en paz; tienen para sí el reconocimiento de los hombres y el descanso en el cielo.

Pero hallarse, como Cristobal Colon, pobre y sin nombre y sin pan, perdido entre la multitud, y sobre la orilla del mar contemplativo y diciendo. Hay allá lejos un mundo que me pertenece! Y en medio de esto buscar por toda la Europa un rey que quiera aceptar este mundo que el daba en cambio de algunos buques; ver á todos los sabios del siglo reirse de esta proposición, compadeciendo á su autor; estar enclavado en la orilla por falta de una tabla para partir, y pensar que es posible morir llevándose consigo á la tumba todo un mundo: esa ciertamente es la mas alta y mas solemne posición en que jamas se ha encontrado un hombre de genio. Asi sin embargo empezó su carrera Cristobal Colon.

Había nacido en Génova el año de 1441, en el momento en que iba á empezar ese maravilloso siglo diez y seis, que fué á hablar con propiedad el primer extremo de la inteligencia europea. Hay quien dice que su familia era de baja esfera, otros por el contrario, que era de un origen noble; mas qué importa? ¿qué mas dá á hombres que adquieren tanta gloria, un apellido mas ó menos? Ellos son toda su familia y son al mismo tiempo su presente y su porvenir. Lo que si es cierto es que los padres de Cristobal Colon eran pobres, y habian perdido sus bienes en la guerra. Los primeros estudios de Cristobal Colon fueron estudios literarios; estudió las leyes civiles y los poetas, y

tomó de memoria escritos de mérito, de modo que iba á ser un literato, cuando vió un día el mar, y desde aquel día se apoderó de la mar, desde aquel día dejó los libros de los hombres para leer en el cielo, ese libro de Dios. Y vedle ahí que emprende todos los viajes, que aporta á todas playas conocidas, que sigue el curso de todas las estrellas, que se aplica á comprender esta tierra que se le habia dicho ser enteramente redonda, que sabia lo era, y de la cual sin embargo solo se conocía media superficie. Metida una vez semejante idea en tal cabeza, la idea debia tomar cuerpo. Esta idea lo perseguía de día y de noche por tierra y por mar; siempre la llevaba consigo. Hablóselle un día de la brújula, admirable aguja magnetizada, que siempre se dirige al norte, y acababa de ser descubierta; Cristobal Colon comprendió que con la ayuda de la brújula el navegante podria en adelante alejarse de la tierra sin temer nunca perder la estrella conductora en el cielo. Este fué ya un primer paso para el descubrimiento. Mas cuanto camino nos queda que andar!

En otra ocasion, Pedro Torneo, pariente de su muger, trajo para Cristobal Colon un pedazo de madera hallado en alta mar, de una forma rara, y muy nueva. Este pedazo de madera fue para Cristobal Colon como una especie de revelacion súbita, y desde aquel día no dudó ya del descubrimiento, tan cierto es que un hombre de genio saca provecho de todas las cosas. Ahora restaba solamente partir.

Empero cómo habia de partir? ¿Dónde hallaría el buque que debia conducirle á ese mundo que le llamaba? Primero propuso Cristobal Colon la América como una adquisicion á la república de Génova su patria. Los genoveses le oyeron con desprecio. Repulsado por los genoveses, ofreció Colon su mundo á Juan II rey de Portugal. Al cabo se dió oídos á su oferta; pero antes se enviaron otros navegantes encargados de quitar á Cristobal Colon el universo que proponia al rey de Portugal. La expedicion se frustró porque el piloto no tenia confianza en sus operaciones. Regresó tratando á Colon de visionario. Este enfadado partió para Londres y no habiendo adelantado nada en Londres volvió á Portugal, que no le fué mas favorable que la Inglaterra. Durante cinco años andubo así errante por caminos y puertos, de corte en corte, devorado por los pesares, desgraciado y desesperado. Por fin, un día en el momento que iba á partir de España, donde estaba su última esperanza para no volver mas, la reina Isabel le despachó un correo, anunciándole que la reina daba crédito á lo que aseguraba Cristobal Colon. Esta reina Isabel, era mas bien que muger, un grande hombre, y estaba entonces ocupada en reconquistar la España de los moros, que por espacio de quinientos años dominaban las hermosas provincias de Andalucía, de Castilla, de Navarra, de Aragon. To-



da España quedó al fin libre de ellos. ¡Qué reina y qué muger! dirigir y con buen tino dos tan grandes empresas aun mismo tiempo: la libertad de España y el descubrimiento del nuevo Mundo! Perteneció al siglo de las inteligencias y supo comprender á Cristobal Colon; por lo demas tratábase solo de confiar á ese genio algunos buques para que lo llevarsen á aquellas playas desconocidas. El 19 de abril de 1492, fué cuando Cristobal Colon firmó su tratado con la reina Isabel. En este tratado la reina le reconocía como virrey de todas las tierras islas y mares por descubrir. Hecho esto, el 2 de agosto del mismo año, en el puerto de España que llaman Palos, tres buques que llevaban noventa hombres, se hicieron á la vela para la América. Esta escuadra habia ya perdido la tierra de vista, y causó grande admiracion á los marineros de la flota no ver otra cosa mas que el agua y el cielo, y siempre el cielo, nunca un navío, ni un árbol. Entre tanto Colon enteramente dedicado á su descubrimiento, fija la vista en la brújula, consultaba los vientos é interrogaba al cielo. Nueve dias iban pasados en alta-mar, y ya los marineros temian no volver á ver mas la España. Sin embargo se adelanta siempre, y siempre sin ver otra cosa que agua y cielo. Unicamente se habia hallado un tronco de un mastil de navío, se habia visto una ráfaga de fuego ocultarse en el mar. Se esperaba con impaciencia la tierra, mas no aparecia. ¡Cristobal Colon seguia siempre su derrotero!

No obstante, los marineros pasaban ya del temor á las quejas. Aguardaron todavia algunos dias, pero no habiendo descubierto nada instaron por la vuelta á España. Gritaron á Española y se quejaron de sus gefes. Cristobal Colon procuraba templarlos y tranquilizarlos con su ejemplo y sus discursos, ya hablándoles de las tierras que iban á descubrir, ya amenazándolos con la ira del rey y la indignacion de la España si retrocedian antes de haber acabado su viaje. Por este medio contenia algun tiempo las quejas, pero no tardaban mucho en volver á empezar. Se formaban grupos sobre el puente del navío, se 'acusaba' en alta voz al almirante, conspirando contra él y amenazando su vida. Decian que era preciso deshacerse de él y regresar á España sin continuar mas á el lado de un hombre que los llevaba á su perdicion. Cristobal Colon, siempre entregado á sus estudios escuchaba las amenazas y entonces le era preciso dejar su brújula y su estrella para presentarse en medio de los descontentos y contener el tumulto unas veces con ruegos, otras con amenazas. Una vez hizo Colon que el vigia gritase «¡tierra! tierra! A este grito toda la tripulacion corre al puente, buscando la tierra y creyendo verla. Cristobal Colon gana así dos dias de sumision y de respeto. Mas la tierra no se llegó á ver, ó mas bien desapareció porque era solo una nube, y entonces los murmullos se re-

produjeron con mas fuerza. Cristobal Colon, reunió la tripulacion, y manifestó que dentro de una hora la tierra que buscaban se hallaría á la distancia de setecientas cincuenta leguas de la Inglaterra. Añadió que iba á cambiar de rumbo y seguir el vuelo de los pájaros, á ejemplo de los portugueses, que de esta manera han hecho todos sus descubrimientos. Y en efecto muchos pájaros desconocidos hendian los aires; un olor fuerte á tierra llegaba hasta los barcos; un dia pasó cerca del buque una planta cultivada por la mano del hombre, se percibió una rama de espino cargada de fruto; el viento era fresco: cerca estaba la tierra, Colon era ya dueño de ella! No la veía aun, mas allí estaba á no dudarlo. Informó de ello á los marineros.—Velad toda la noche, les dijo, vereis la tierra mañana al despuntar el dia. Al primero que la divise le daré una chupa de terciopelo, y le prometo en nombre del rey diez mil marcos de plata. Discurrid si se mantendrian despiertos toda la noche! En fin el 12 de octubre de 1492, despues de una navegacion de 35 dias, Cristobal Colon descubrió el Nuevo Mundo. A la vista de este los marineros entonaron la *Salve!* Saludaron con las miradas la tierra prometida y tan deseada. Colon pasó á una lancha llevando el estandarte real, puso el primero el pié sobre aquella tierra, de la cual era el segundo creador. Al punto los marineros de rodillas, y bañados los ojos en lágrimas, le pidieron perdon de su sublevacion proclamándole vice-almirante. Asi fue descubierto el Nuevo Mundo.

Se necesitaría un volumen entero para referiros la historia de este descubrimiento, que no es un descubrimiento sino una revolucion.

Cristobal Colon, abrumado de pesares, privado de su protectora la reina Isabel, rendido á las fatigas del camino y del cuerpo, murió en Valladolid el 20 de mayo de 1506, á los sesenta y cinco años de edad. Habia dejado dispuesto que se colocase en su sepultura las cadenas de que volvió cargado por orden del rey en su segundo viaje.

Jamas hubo hombre mas favorecido por la naturaleza. Su cuerpo era completamente digno de albergar un alma tan bella. Tenía los ojos azules y animados, su apostura estaba llena de nobleza; era elocuente, afable y festivo; sobrio y moderado en todas las cosas. Tenia todos los géneros de valor. No obstante sus largos viages, y sus estudios astronómicos, no habia dejado de cultivar las bellas letras, y la poesia fué con frecuencia todo su consuelo en las penas de la vida. Hacía versos latinos que era toda la poesia de aquella época. Deciros que creia en Dios, como un completo creyente, lo considero inútil, pues la creencia como vereis mas adelante, es el solo principio de las grandes cosas.



LA MUÑECA DE LA FERIA.

La señorita Clemencia de Oliveros no tenía afición á trabajar ni á aprender, porque su madre era rica y tenía coche, y ella se había figurado que el trabajo se queda para los pobres. Esta señorita se distraía mucho en compañía de otras tres jóvenes amiguitas, las señoritas Buttel, que como ella vivía sin hacer nada, y pasaban todo el día vistiendo muñecas, haciéndolas bailar, ó jugando á las meriendas, ó corriendo en el jardín de su gran casa. En medio de esta vida disipada de la cual no eran suficientemente poderosos los consejos ni las reprensiones de la señora de Oliveros para arrancar á su hija. Sucedió que las señoritas Buttel desaparecieron repentinamente de Sevilla, y Clemencia no las volvió á ver mas.

El corazón del perezoso es ingrato, porque el recuerdo es una ocupación, y de aquí que en los primeros momentos no se ocupó Clemencia de la ausencia de las señoritas Buttet, esperando hallar en breve otras amigas para no hacer nada y jugar á mas no querer. Pero las amigas de la señora de Oliveros no permitían que sus niñas perdiesen el tiempo como el señor Buttet habia tolerado á sus hijas, y muy pronto se halló Clemencia del todo aislada. Entonces pensó en Leonor, en Agueda y Frasquita, que así se llamaban las tres hijas de Buttet, y añadiendo la mentira á su falta de ocupación, dijo á su madre.

—Mamá, estoy muy triste desde que no veo á mis amiguitas; esto me causa mucha pena porque las amaba mucho.

—¡Oh! sí, la respondió la señora de Oliveros, tú las querías para jugar y nada mas.

—No, mamá, no es eso..... querría saber si están contentas, si se divierten mucho....

—Pues bien, hija mia yo te llevaré á verlas.

—¿A dónde?

—A la feria de Mairena, que viene pronto.

—Oh! cuánto nos divertiremos! ¡qué tiene que ver la feria de Mairena!

—Sí, es linda feria, y yo te recomiendo que te aproveches bien de lo que verás en ella, y no lo olvides jamás ¿me lo prometes?

—Bien puedo prometértelo, me acuerdo muy bien de aquel hermoso juguete que ví hará dos años en la tienda de los alemanes, ¡de la velada de santa Ana donde tanto me divertí! tengo muy buena memoria.

—Verdaderamente! mas ¿por qué no te sirves de ella para aprender tus lecciones?

—Oh! mamá! contestó Clemencia haciendo una gesticulacioncilla, no es la misma cosa... eso no divierte.

—Está bien: acuérdate de la feria de Mairena.

El domingo siguiente el coche de la señora de Oliveros estaba dispuesto desde temprano. Habíase Clemencia puesto el traje mas elegante y tenia el corazón tan lleno de esperanza de divertirse que no habia pensado en almorzar. Se arranca y se llega á Mairena.

La feria presenta el espectáculo mas variado y lleno de movimiento. Vense en un lado los que bailan en la cuerda floja al son de una clarineta y de una gran tambora; al otro los jugadores de cubiletes. Por aquí un droguista que vende polvos para los dientes y betun para las botas; mas allá los teatros de los farsantes, con sus telones pintados, los ciegos con sus violines y sus perros, algunos extranjeros con varios instrumentos ú organillos, juegos de sortijas, loterías, de juguetes, per-

ros sábios, estudiantes que tocan la guitarra, asnos que saben la hora, y otras mil rarezas, y por todos lados la multitud de vagos que acuden de las ciudades grandes, y todo esto entre barracas de madera, tiendas de lienzo, rodeadas del polvo que levanta la concurrencia y de la confusa vocería.

—Mamá, decía Clemencia, á dónde encontraremos á las señoritas Buttell?

—En la casa nueva.

—Con que tienen una casa en Mairena.

—Tú verás y juzgarás si es mejor que la nuestra.

—Mas bella que la nuestra? ¡cuán felices son ellas!

—¿Escita eso tu curiosidad?

—No, mamá, mas no sé lo que han hecho para tener una habitacion mas bella que la nuestra.

La señora de Oliveros y su hija iban en esta conversacion paseándose por la feria, y á cada instante Clemencia preguntaba á su madre si llegarían pronto.

—Dentro de muy poco.

—Pues que su gran casa está entre todas esas barracas preguntó Clemencia.

—Vela ahí, la dijo la señora de Oliveros, deteniéndola y mostrándola un puestecillo cubierto de sombreritos y trapos, detrás del cual trabajaban tres jovencitas con los ojos bajos.

—Son Leonor, Agueda y Frasquita, exclamó Clemencia. ¡Dios mio! á qué estais jugando ahí?

Estamos trabajando contestó Frasquita que era la mas pequeña.

—Vaya una idea! ¿Por qué trabajais?

—Para ganar la vida y mantener á nuestro padre.

Clemencia miró á su madre como en ademán de preguntarla lo que aquello queria decir. Ganar la vida es una frase que la pereza y la riqueza no entienden jamás.

—¿Y qué no venís vosotras á jugar conmigo, prosiguió Clemencia?

—Nosotras no jugamos ya, señorita, añadió Frasquita con cierta frialdad.

—¿Por qué me llamáis señorita?

—Porque usted es una señorita y nosotras somos unas artesanas solamente.

—Cómo! vosotras oficialas como las que venian á coser durante todo el dia á casa de mi madre?

—Con corta diferencia.

—Ah Dios mio! contadme pues eso; qué es lo que os ha sucedido?

La señora de Oliveros hizo una seña á la mayor de las tres hijas de Buttell y Leonor respondió:

Con mucho gusto, escuchadme.

«Nuestro padre estaba interesado en una casa de banco como corresponsal. Habrá dos años que tubo precision de ausentarse por esta causa y dejarnos en Sevilla con nuestra aya que estaba encargada de cuidar que estudiásemos. Sabe usted cuan poco severa era, permitiéndonos dejar el trabajo en el momento que lo deseábamos. Sin embargo para que mi padre no nos riñese, ni le riñese á ella, le engañaba diciéndole que adelantábamos mucho. Duró esto mucho tiempo, hasta que á su vuelta notamos que nuestro padre estaba triste y sério; pasaba las noches en su cuarto, y por la mañana salia recordándonos trabajásemos mucho, lo que prometíamos, y cuando volvía por la noche le mentamos diciéndole que habíamos cumplido nuestra promesa.

D. Un día, habrá seis meses de esto, y me parece que fué ayer, pues no se me olvidará jamas, nos hizo acudir á su cuarto: estaba ya atacado de la enfermedad que lo ha dejado completamente ciego, y que habia adquirido pasando los dias y las noches enteras ocupado en escribir. Hizo nos sentásemos delante de él, y vea usted aqui señorita lo que nos dijo.

«Hijas mías: sois demasiado jóvenes, pero es preciso hacerse viejos cuando llega la desgracia, ademas de que vosotras habeis sido juiciosas y laboriosas y me comprendereis.»

Al oir este elogio nos mirábamos unas á otras abochornadas: nuestro padre no vió nada de esto, y asi pudo continuar.

«A pesar de todos mis esfuerzos para evitar la ruina de la casa á que estaba asociado: esta se ha arruinado y me ha arruinado á mí. Nada poseemos ya; esta casa y los muebles que hay en ella no son ya nuestros, y dentro de pocos dias será preciso que me meta en un cuarto cualquiera.

—Oh Dios mio! exclamamos juntas, ¿qué vá á ser de nosotras?

—Pobres niñas, respondió nuestro padre, ya no tendreis salones, ni doncellas, ni aya; pero mi miseria no os hará sufrir tanto como temeis. Hoy vais á recoger el fruto de los sacrificios que he hecho para vuestra educacion. Tú Leonor, que has aprendido el dibujo y lo sabes muy bien, entrarás como maestra en la casa de educacion de Doña B....; estás acostumbrada al trabajo, y ese de enseñar aunque mas penoso que el de aprender, no te fastidiará. Tú, Agueda, que eres tan diestra en la música, darás lecciones de piano en la misma casa que tu hermana; y en cuanto á Frasquita, que á pesar de sus pocos años sabe tan bien el inglés, la pondré en casa de cierta señora que quiere que su hija aprenda ese idioma hablándolo con alguna amiguita. Veis que no habrá de qué teneros gran lástima, sois jóvenes y podeis tener esperanzas, mientras que yo soy viejo,

me voy quedando ciego y no me queda otra probabilidad que la de vivir de lo poco que podais economizar. Es bien triste imponeros este empeño, mas lo cumplireis porque sois buenas.

«Ay Dios mio! qué cosa fué tan terrible para nosotras oír hablar así á nuestro padre! Mas creame usted señorita, no era por saber que se habia arruinado, era viendo que iba á perder la esperanza que habia puesto en nosotras.

«Así es que nos callamos, y nuestro padre admirado de este silencio, concluyó diciéndonos:

«Qué! hijas mías, la pérdida de vuestra fortuna os aflige á punto de no hallar un consuelo para vuestro padre?

«Ay! es que solo tenemos un pesar mas que causarle.

«En fin mi padre nos estrechó tanto con preguntas, y hasta que de rodillas, y sollozando, le confesamos que éramos inhábiles para hacer lo que nos exigia.

«¡ Clemencia! Clemencia! usted sabe lo que es tener un pesar ó cree saberlo, mas todo lo que ha experimentado alguna vez no es nada. Nada es ver enfadada á la mamá que riñe, nada ser motejada de perezosa delante de todos y de ignorante: lo que es terrible es ver á su padre, un hombre llorar, y llorar con desesperacion exclamando: ¡ Oh hijas desgraciadas, infelices hijas, qué será de vosotras! Porque en nosotras y no en él pensaba nuestro pobre papá.

« Despues que hubimos llorado mucho todos, nos preguntó lo que habiamos hecho. Fué preciso decirlo. Oh! cuanto mortifica tener que decir así sus faltas cuando ellas hacen llorar á un padre!

«Entonces nos mandó pasar á nuestro cuarto y él se quedó en el suyo, habiéndole oído nosotras lamentarse toda la noche. Nosotras tampoco dormimos, y en esta noche fué cuando buscamos lo que habiamos de hacer. Ay! no habiamos aprendido mas que cortisquear trapos para las muñecas, hacer sombrerillos y bellos trages. Discurrimos por lo mismo que podriamos hacer trages y sombreritos para las muñecas de las otras. Cuando entramos en el cuarto de nuestro padre y le instruimos de nuestra resolucion, lloró de nuevo, mas fué de alegría. Nos alentó, nos ayudó con sus consejos y usted ve lo que hacemos; bien poca cosa, pero en fin ganamos nuestra vida y la de nuestro padre.»

Clemencia habia escuchado esta narracion toda ruborizada y llena el alma de vergüenza.

—Han preparado ustedes la hermosa muñeca que encargué para mi hija, dijo la señora de Oliveros?

—Vedla aquí, dijo Frasquita.

Clemencia no la queria tomar; su madre la forzó á aceptarla, y al dia siguiente á la hora de la leccion estaba la muñeca colocada delante de la mesa de Clemencia, y Clemencia estudiaba. Su madre la dijo al entrar en voz baja.

—No juegas con la muñeca, Clemencia?

—Oh! mamá, respondió la hijita, no jugaré con esta muñeca, quiero conservarla toda mi vida; ella será mi maestra de estudios, y me enseñará mejor que nadie á donde puede conducir la pereza.

LOS PERCANCES DE UN DISTRAIDO

O UN DIA DE TARAMBANA.

La distraccion es en las personas mayores el resultado de una profunda preocupacion que absorviendo todo nuestro espíritu, nos impide prestar á las acciones ordinarias de la vida bastante atencion para distinguirlas y entregarnos á ellas sin confusion y sin error. Tambien es algunas veces un vicio constante del ánimo, que proviene de una gran movilidad en las ideas la cual hace que llevados á ocuparnos de muchas á la vez, las tomamos frecuentemente unas por otras. En los niños la distraccion proviene del aturdimiento que los hace incapaces de reflexion. He oido decir, he leído tambien que las personas distraidas son en general despiertas, y no lo creo. La distraccion no escluye tal vez el talento, mas está tambien muy lejos, á mi parecer, de evitar la idea de su existencia. Sea de esto lo que fuere, amiguitos míos, voy á trazaros la historia de un dia de Miguel Tarambana, el niño mas distraido de Madrid, y que no quiero señalar aqui sino por el apodo que le han puesto sus vecinos, pues como espero que se corregirá, no quiero indicarlo por su apellido verdadero de familia, á los que no le conocen y que se burlarian de él si lo conociesen; bastante tiene con la burla de los conocidos. Empiezo mi historia.

Miguel Tarambana, es de una familia rica y honrada; tiene diez años y goza salud: su padre exige de él que se levante todas las mañanas á las cinco en el buen tiempo, es decir, que mi historia es una historia del mes de mayo.... tan....! una, tan.... dos, tan....! tres, tan....! cuatro, tan....! cinco. Son las cinco dice la niñera de Tarambana, saltando de su cama, es menester que lo despierte. Corre al momento hácia la escalera que conduce al cuarto de Miguel y grita:

—Hola! eh! *señorito*?—Que hay, responde Miguel sentándose y frotándose los ojos.—Es vuestra niñera que os dice que os levanteis; son las cinco.—Quién te lo ha dicho?—Pardiez, el reló!—*Como lo pasa?*—El reló?—Qué! no, la mamá.—Bien.—*Lo siento*.—Sentís que vuestra mamá esté buena?—Oh! no, siento que sean las cinco; voy á le vantarme. La niñera vuelve á su cuarto y se viste. Tarambana olvidando lo que acaba de pasar permanece sentado en la cama y mira las moscas asidas á las blancas cortinas, que como no se mueven le parecen al punto manchas de tinta, y trata de saber quien ha podido ensuciar así sus blancas cortinas. Llama á su niñera: Justina, Justina!—Señor, responde la niñera.—Quién ha echado tinta en mis cortinas?—Pues la hay acaso?—¿Qué se yó? tres, cuatro, cinco, ocho, doce, quince manchas; ven á verlas.—La niñera se acerca y agitando las cortinas para abrirlas, hace que salgan volando las moscas.—Toma, las mancha de tinta se van volando, dijo Tarambana.—Son moscas.—Ah! sí, es verdad; toma aqui veo una en mi mano izquierda; voy á matarla; y Tarambana se dió un gran porrazo con la mano derecha, admirándose despues porque la mosca no habia caído del golpe: consistia en que la mosca era una mancha de tinta.

La niñera se marcha riéndose como una loca y aconseja á Tarambana que selevante bien pronto, dejándole sobre su mesa velador una taza de leche que toma todas las mañanas. Mientras que la leche se enfria, Tarambana se viste ó cree vestirse; mas como piensa en otra cosa, todo lo hace al revés: toma su chaqueta por su pantalon, y mete sus piernas en las mangas, y como no pueden entrar, dice muy admirado: Vaya, mis piernas han engordado mucho desde ayer ¡me metia con tanta facilidad mi pantalon! Hace esfuerzos diabólicos; empuja una, dos, tres veces; se pone colorado como una amapola; vuelve á tirar y el pantalon se rompe. Entró por fin, dice Tarambana se ha roto, no es malo; me lo dejaré puesto para bajar y mamá me dará otro ínterin que se compone este. Ahora me pongo mi blusa. Tarambana toma en seguida su pantalon y mete sus dos brazos en las bolsas de las piernas, sorprendiéndose de meterlos tan facilmente. Toma, dice, mis brazos se han adelgazado mucho desde ayer, me costaba toda la dificultad del mundo introducirlos, y hoy entra como en saco de harina. Bah! no importa, con tal que me encuentre vestido. Se oye una voz en este momento: Miguel, Miguell—Era la voz del papá; pronto son las seis, no sabrás las lecciones y me enfadaré.—Tarambana que quiere y teme á su padre, se dá prisa á vestirse despues de haber respondido, y con la precipitacion que vá, junta á su distraccion natural, aumenta el desorden y la estravagancia de su atavio. Toma una servilleta por la corbata y se la lía al cuello,

despues equivoca la corbata con la servilleta, y moja el pico en su taza de leche que cree ser su jofainita, y se lava la cara con leche azucarada. Hecho esto descubre su orinal sobre una silla, y creyendo que era su taza de leche....afortunadamente que al poner en él la mano advierte su error.—Miguel, Miguel! Ya voy, ya voy, papá. Ah! Dios miol donde está pues mi gorral ah! hela aqui. Tarambana toma una cofia vieja de su abuela y se la pone en la cabeza buscando luego sus chinelas forradas, cree ver una sobre el tapete, quiere calzársela, mas no puede meter el pie: la chinela se agita y dice *miau, miau, miau!* es el gato que le araña las piernas, y escapa corriendo. Tarambana lo persigue y llega al cuarto de sus padres, entra en él para abrazarlos y darles los buenos dias; mas su padre lo coge en brazos y poniéndole delante de un espejo, le dice: Ahí tienes, mira, Miguel, mira y dime el nombre de ese aturdido.—Es el gato, grita Tarambana que experimenta cierto dolor en los pies.

Se arregla su equipo, y queda vestido como conviene. Toma tus libros, le dice su papá, vas á estudiar tus lecciones, y luego que las sepas, haré que me las recites, para lo que espresamente me quedo aqui. Vamos á la obra. Miguel es obediente, se sienta delante de una mesa, su Samaniego en la mano y el tiempo que estudia toma una caja de obleas por una caja de pastillas, y va comiendo de ellas; pero qué importa? estudia: ha aprendido ya casi todo Samaniego, y su papá hace que lo repase....Al cabo de un cuarto de hora: yo sé mi leccion, dijo Miguel. Vamos, dijo el papá, y Miguel le dá el libro.—Principia amigo mio.—Al punto, y Miguel, que está pensando en otra cosa, dice:

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero...
Con un queso en el pico
Estaba el señor Cuervo,
Del olor atraído
Un zorro muy maestro
Le dijo estas palabras
A poco mas ó menos....
Tenian dos ranas,
Sus pastos vecinos....
A la orilla de un pozo
Sobre la fresca yerva...
Baila, pese á tu cuerpo.

¡Qué diablos me estás ahí cantando? esclama el padre arrojando el libro sobre la mesa.—No canto papá, repito de memoria.—Estas pensando en alguna otra cosa, Miguel; eres un

aturdido, un distraído; me dices un verso de una fábula y después un verso de otra; esto no sirve, es muy malo, me causa sentimiento. Miguel que es sensible, viendo á su padre enfadado, tomó una buena resolución en el momento y dice de memoria doce fábulas seguidamente sin errar una sola sílaba. Su papá le abraza, y le recomienda poner siempre atención, como acaba de hacer; pero esto no puede durar una hora y Tarambana reincide muy pronto en sus distracciones. Las once dan, y sirven el desayuno. A la mesa señorito Miguel, dice la niñera á Tarambana, que está en el jardín divirtiéndose en plantar toda clase de arbolitos que le han dado; mas los planta de una estraña manera; las hojas en la tierra y las raíces al aire. El almuerzo se compone de chocolate y huevos pasados por agua; Miguel gusta mucho de los huevos. Desayunándose se habla de las flores del jardín. Miguel moja su sopita de pan en el huevo. Las flores serán, á lo que creo, muy bellas este año, dijo; y tomando su sopita por una flor, la lleva á su nariz en lugar de llevarla á su boca, y se embadurna la nariz de yema de huevo; después echa de beber en el huevero que equivoca con el vaso, y como se acostumbra en su casa, cuando se comen huevos de este modo, estrujar en su plato la cáscara vacía, Tarambana toma su vaso y lo rompe en su plato. Sus padres no pueden contener la risa, aunque están muy enfadados. La mamá de Miguel, después de haber reído, llora alguna vez porque tiene un hijo tan distraído.

El desayuno ha concluido; Miguel va á pasar con la niñera sus dos horas de recreo en el jardín del Retiro próximo á su casa. Como tiene diez años y que á esta edad comunmente no se necesita ser observado á cada paso, la niñera se sienta y hace calceta, después de haber además recomendado á Tarambana no se retirase, y volviese en oyendo las dos en el reloj en la torre de palacio. Está bien, *querido mio*, responde Tarambana, y se marcha á correr por aquí y por allí en aquel dilatado jardín. Ve jugar chicos y chicas y se mezcla entre ellos; mas como su imaginación está en una parte mientras su cuerpo está en otra, todo lo enreda, lo entorpece, y no sabe lo que hace. Empujando un aro que rueda adelante de él va á dar con la cabeza contra un árbol; después jugando á la cuerda, se enreda por las piernas y cae de narices; cuando se separa de sus compañeros de recreo, se equivoca en el sombrero y toma uno que se le mete hasta la barba, ó que no entra mas que un solideo; por distracción, se suena en una mantelita que una jovencita ha dejado colocada al pie de un árbol; arroja su pelota sobre las gafas de un miope y se las rompe. Ya os lo he dicho, es el niño mas distraído de Madrid. Cuando estaba ya fatigado de jugar, se detuvo y limpió el sudor con el

trage de una dama que estaba parada junto á él; despues quiere sentarse, y como no mira nada con la atencion conveniente, en lugar de sentarse en una silla vacante, se sienta de golpe sobre las piernas de una pobre vieja que tiene un perrito en las rodillas, la vieja grita, el galguillo ladra y muerde á Tarambana, que escapa gritando tambien como si fuese perseguido por un mastin. Luego que le pasa el miedo corre hácia el puestecito donde se venden bollos; los pide y se los dan; paga y se vá de allí; cree llevarse uno á la boca, lo muerde y lo encuentra muy duro sin poder partirlo, por lo que vuelve al puesto y se queja á la vendedora de la dureza de sus bollos ¿cómo, señorito, dijo la vendedora; mis bollos duros? eso no es posible, son todos hechos de hoy. ¿Quereis mostrarme el que decis no poder partir? Vedlo aquí, dijo Tarambana echando una cosa sobre la mesa. Pero eso es el anillo de vuestro aro, ¡ay, Dios mio, señora os pido mil perdones; consiste en que soy muy distraido. Luego que se comió sus bollos, se paró delante del gran estanque, y como el agua estaba tranquila como un mármol, Tarambana piensa que está helada, equivocando el mes de mayo con el de diciembre... Si yo patinase! decia, y al momento se lanza sobre la *nieve*; pero se hunde hasta por encima de la cabeza, y traga á la fuerza alguna poca de agua turbia con la agitacion que la caída produjo en el fondo. Se levanta todo estupefacto, con los ojos cerrados, la boca abierta, y las narices jadeando. Su niñera acude, y tambien varios espectadores curiosos. Se saca á Tarambana del estanque; sus cabellos están pegados á su frente y megillas, como los de un bobo de teatro; el agua corre de todos sus vestidos, y andando parece una regadera. La niñera lo lleva á casa por entre una multitud de curiosos que forman dos hileras á su paso, y que lo señalan con el dedo diciendo: que buena cabeza es la de ese aturrido!

Luego que llegó á su casa se le mudó de camisa y como ha olvidado ya lo que acaba de pasar pregunta por qué. Despues que ha tomado ropa enjuta llega el maestro de música para darle leccion: Tarambana toma su instrumento, su violin y como su maestro le pide que toque de memoria el bailete inglés, Tarambana que es muy dócil toca *Mambrú se fué á la guerra*. En seguida toma en el solfeo un *ut* por un *re*, un *sol* por un *mi*. Despues si su maestro está ocupado buscando en el libro un nuevo trozo, Tarambana tarareando rompe una de las crines de su arco y cuando el maestro habiendo hallado el trozo que buscaba le dice: vamos, á compás, Tarambana araña las cuerdas de su violin con la madera del arco y se admira de no poder sacar ningun sonido. El maestro de dibujo reemplaza al de música. —Señorito Miguel, copiad este ojo.—Al instante, responde

Tarambana, y en efecto dibujó sin detenerse un muñequito que no tiene ojos; pero tiene nariz larga y su pipa en la boca.

Llega la hora de comer; Tarambana come su sopa clara con el tenedor, y se admira de lo que tarda. Despues toma la carne con la cuchara, cambia la vinagrera con su vaso y hace un horrible gesto al llegarla á los labios. Forma gallitos de pan con la miga bien blanca primero que él la amasa en sus dedos, y cuando los gallitos se han puesto oscuros se los traga. Se le ponen algunos pedazos de sesada frita, se figura que han llegado los postres y creyendo que son almendras, los coge y se los mete en el bolsillo para el dia siguiente. ¡Grande aseol! Despues en los verdaderos postres toma almendras y el quebranta nueces, y metiendo al mismo tiempo el pulgar que equivocadamente toma por una almendra, entre las mandíbulas del instrumento, aprieta y empieza á gritar como un perdido. Cuando sirven las alcachofas come de ellas lo verde, y de los espárragos lo blanco. Pobre Tarambana!

En fin la hora de acostarse se acerca. Buenas noches mamá; buenas noches papá. Tarambana sube á su aposentito, se desnuda, siempre pensando en otra cosa distinta de la que hace, cuando se ha desnudado apaga su vela y se acuesta; mas apenas se ha echado en la cama llama á su niñera. Justina! Justina!—¿Qué se ofrece, señorito responde la niñera.—Que no has puesto cabecera en mi cama, ni almoadá, y que mi cama está hoy mucho mas corta que ayer, ó yo he crecido primorosamente en veinte y cuatro horas.—No sabeis lo que decís.—Pues sube y lo verás, que por un lado me sobra toda la cabeza, y por el otro salen fuera de la cama todos los pies. La niñera sube con una palmatoria en la mano y encuentra á Tarambana acostado, es verdad en su cama, pero no á lo largo sino á lo ancho. Hace la niñera que Tarambana lo advierta, aunque no puede contener la risa, y el jovencito mira y dice: Toma! es verdad, estoy distraido. En fin Tarambana se duerme y aqui finaliza su historia.

Hasta mañana, señorito Tarambana, buena noche, dormid bien y corregios si podeis de vuestra distraccion. No sois malo, señorito Tarambana; cierto que no; amais, respetais á vuestros padres y á vuestros maestros; cuando encontreis un pobre necesitado se conmueve vuestro corazon y le dais una parte del dinero, algunas veces todo el dinero destinado para vuestros entretenimientos y juguetes. Eso es bueno, muy bueno señorito Tarambana. Mas si continuais no dando atencion alguna á lo que haceis; si sois á los diez años tan distraido como en el dia, mucho se reirán de usted en el mundo y sereis muy desgraciado. No os descuideis, y ahora que todavia es tiempo, decios á vos mismo á cada momento: vamos á ver, ¿en qué me

ocupo? qué se me ha dicho que haga? de qué se trata? Adoptad este método y muy pronto os curareis de vuestra distraccion, y entonces sereis encantador, escelente, no os lavareis mas la cara con leche azucarada, no patinareis en mayo, y os acostareis á lo largo de vuestra cama. Buena noche, dormid bien señorito Tarambana!

EL PASTOR.



FÁBULA.

Un pastor muy lindo
Estaba en su ganado
Alegre, descuidado
Y sin cesar bailando,
Y mientras esto hacia
Un lobo sanguinario
Arremetiéndolo á todo
Le destrozó el rebaño.
A cuantos en el mundo
Les sucede otro tanto,
Que mientras se divierten
Se fabrican sudario.

A.